

María Fasce

La mujer de Isla Negra

Alianza Editorial

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© María Fasce, 2015
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-xxxxxx-X
Depósito legal: M. xxxxx-2015
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

13	I
103	II
157	III
209	IV
241	Epílogo
245	Nota de la autora

*Para mi padre, que escuchaba boleros
mientras yo escribía esta novela.*

Para mi madre, siempre.

«Tal vez llegará un día en que un hombre
y una mujer, iguales
a nosotros,
tocarán este amor y aún tendrá fuerza
para quemar las manos que lo toquen.
¿Quiénes fuimos? ¿Qué importa?»

PABLO NERUDA,
«La carta en el camino»,
Los versos del capitán

«Los retazos de una vida son tan complejos
como la imagen de una galaxia.»

MARGUERITE YOURCENAR,
El laberinto del mundo

I

1

En la oscuridad se pueden ver mejor los detalles. Cada imagen se une a un sonido y se recorta sola y nítida en el negro y el silencio. Los pasos, por ejemplo. Nadie mira los pasos en el día, apenas se oyen. Nadie ve una mano tocar una mano, una rodilla. Las cosas importantes se pierden. Cae un bretel, un cuerpo retrocede y los besos suenan como estampidos en el negro. Las risas se confunden con la luz pero en la oscuridad asustan como relámpagos. La mujer se reía. No se reía como mi madre ni como las mujeres que yo había oído reírse, se reía más fuerte, la risa más aguda.

Se había quitado la ropa. Tenía la espalda bronceada y las nalgas grandes y un poco caídas. Pero en las piernas se le marcaban los músculos, como a las bailarinas. En la pantorrilla izquierda, una mancha oscura del tamaño de una ciruela. El vestido le rodeaba los tobillos como si estuviera en medio de un estanque en el que flotaban el sostén y los calzones, que eran de un color dorado.

Pablo no estaba desnudo. Fue hacia la ventana y oí el ruido de una silla: se había sentado para sacarse los zapatos y la ropa, y

ahora iba hacia la cama. Los pelos del pecho le trepaban por los hombros y seguían en dos franjas en la espalda.

—Date vuelta —volvió a reírse ella. Estaba en la cama, un triángulo negro entre las piernas.

—¿De qué te ríes? —dijo Pablo.

—Tienes el cuerpo de un bebé: las nalgas chiquitas y hundidas, la cabeza enorme.

La mujer seguía riéndose pero Pablo se tendió sobre ella y le tapó la risa. Tiró de la sábana y cubrió el cuerpo de los dos.

Ahora yo sólo oía resoplidos parecidos a los de un animal, y un poco después, los gritos sordos de la mujer, como si él la estuviera lastimando. Un aullido ahogado, y después nada. Contuve la respiración con miedo de mover las perchas con la ropa. Recién entonces me di cuenta del perfume. Un perfume a jazmín.

Por un momento me pregunté si la mujer se habría muerto. Entonces la vi sacar la cabeza y los brazos fuera de las sábanas. Él la imitó. Se quedaron quietos, mirando el techo.

Ella se levantó y se agachó junto al vestido. La cabellera roja y los grandes pechos le tocaron las rodillas. Se puso los calzones y el sostén, y el cuerpo recuperó su forma de pera.

Pablo dio una palmada en la almohada y ella fue hacia él. Volvió a acostarse y se quedaron dormidos.

Eso fue al tercer día en Isla Negra, a la hora de la siesta. Subí a acomodar el cuarto de Pablo y oí las risas en la escalera. El ropero estaba abierto, había espacio suficiente para mi cuerpo, y me encerré. Las puertas tenían un sistema de persianas inclinadas, y podía ver sin ser vista.

El vestido seguía en el suelo. Los ronquidos de Pablo se mezclaban con el tic tac del reloj sobre la mesa de luz. La mujer

no roncaba, pero el cuerpo subía y bajaba acompasadamente bajo la sábana.

Abrí con cuidado la puerta del ropero y salí. Me alcanzó el olor como una ráfaga: un olor dulzón y pegajoso, desconocido.

Fui a mi habitación y me quedé mirando por la ventana. Al rato salió Pablo con la mujer por la parte de atrás de la casa. Iban hacia los árboles.

Entré en la cocina a lavarme las manos. Había estado juntando ramas en el bosque. También hojas de pino: Pablo las esparcía sobre el pescado, decía que le daban un sabor especial.

Mamá estaba de espaldas, encorvada sobre el fregadero, con el pelo recogido en la nuca. No me oyó llegar por el ruido del agua que corría. Los dedos rojos luchaban con las sábanas. Eran las sábanas blancas que ayer habíamos puesto en la cama de Pablo. ¿Lloraba? No, mi madre nunca lloraba.

Dejé el canasto con las ramas bajo la ventana y di la vuelta a la casa.

Me senté en uno de los mascarones de proa y me quedé ahí un rato largo, agarrada de las tetas puntiagudas de las sirenas de madera. ¿Cuándo crecerían las mías? Ya tenía doce años y eran dos piedritas que apenas se notaban.

2

—¿Por qué le dicen Isla Negra si nunca cruzamos el mar?
—le pregunté a mamá—. ¿Por esos pájaros negros? ¿Cómo se llaman?

—Sí, sí —dijo ausente—. Por los cuervos —estaba inventando. Esos pájaros no eran cuervos. No hay cuervos cerca del mar.

Lo había buscado todo el tiempo en la ventanilla y de pronto ahí estaba, el mar bajo el sol como una cinta brillante pegada al paisaje.

—Me parece que ya falta poco —dijo mamá.

La playa se había ido llenando de rocas y algas, había unas manchas negras en la arena.

—Isla Negra —gritó el chofer.

Nos bajamos. Una pareja con un bebé, un hombre gordo de boina, una viejita con el pelo dividido en dos trenzas.

Mamá le preguntó algo al conductor, que señaló a la derecha, aunque no se veía nada. Agarró la maleta y el bolso, y yo las dos bolsas de plástico, y caminamos en la dirección que había indicado el chofer.

Nos habíamos vestido como cuando íbamos al centro. Yo llevaba un vestido blanco, un poco arrugado por el viaje. En Temuco había tomado sol en la terraza, así que el blanco me quedaba bien. Mamá, en cambio, tenía la piel verdosa. Se había soltado el pelo y llevaba la raya al costado. A mí me gustaba con el pelo recogido y la raya al medio, como siempre. Se había puesto sandalias y se había pintado los labios. No se pintaba casi nunca: el rouge le acentuaba la palidez, las arrugas a los costados de la boca; le hacía los labios más finos. Yo me había probado a escondidas ese rouge color cereza y me había mirado en el espejo: parecía otra, de quince años, con los ojos más claros. Me hubiera gustado sacarme una foto, pero volví a guardarlo en el botiquín y me limpié la boca con un algodón. Si mamá se había olvidado el rouge en el botiquín, ¿volveríamos a buscarlo? ¿O ya no íbamos a volver nunca?

Soplaba un viento cálido y húmedo. Mamá tenía gotitas de sudor sobre los labios, y cada vez que levantaba los brazos se escapaba un olor ácido que me daba hambre.

Avanzamos por un camino en medio de un jardín. Arriba se veían una escalera de piedra y una casa también de piedra.

El camino era en pendiente, costaba subir, pero la bajada sería fácil. Me molestaban los mosquitos y pensaba todo el tiempo en mis zapatos blancos, cuando llegara estarían llenos de tierra.

Pasamos junto a una fuente con hipocampos, y seguimos por un camino más angosto. Parecía la casa de la bruja de Hansel y Gretel. «Seguro que hay perros», pensé.

Mamá apoyó la maleta y el bolso junto a un árbol, a unos metros de la casa, y yo dejé las bolsas. Por el camino apareció un perro con la lengua colgando, como si le pesara. Ladró y fue directo a mis pies. En eso se diferencian los perros de los gatos: los perros siempre van a refregarse contra los que les tienen miedo, los gatos los ignoran.

Mamá estaba frente a la puerta, sin animarse a llamar. Se arreglaba el pelo.

Un hombre alto con una camisa de mangas cortas se acercó a la ventana. Luego abrió la puerta y se dieron la mano. Me miraron.

El hombre alzó la cabeza como si se acordara de algo.

—Elisa —dijo.

Mamá asintió. Entonces él vino hasta donde yo esperaba.

—Hola, Elisa. Soy Pablo —me dio un beso y su barba me raspó la cara. Señaló del otro lado de la casa—. Por allí hay algo que te puede gustar.

El viento sacudía las hojas. Ese jardín era más grande que el del frente, y al final, más allá de los arbustos y los troncos y ramas caídas, empezaba un bosque.

Había cinco campanas dispuestas en tres maderas en forma de triángulo. Una gran campana colgaba por encima de las demás, que eran más chicas: una familia de campanas. No pude evitar tocar una, la mala suerte caería sobre mí si no lo hacía. Me estiré para llegar a la cuerda y toqué dos veces la misma campana, tocar todas las campanas también podía darme mala suerte. A la izquierda del campanario, dos sirenas de madera, con los pechos desnudos que apuntaban a los costados.

Pablo me hizo señas con la mano. Me dio vergüenza que me hubiera visto tocar las campanas, parecía estar ahí desde hacía un rato; estaba solo, sin mamá. Se acercó y la mancha blanca del sol se le fue de la cara, que era grande y oscura.

—¿Te gusta? —dijo haciendo un gesto amplio con el brazo.

—¿Qué cosa?

—Todo. Este lugar, Elisa —repetía mi nombre como si tuviera que aprenderlo, como si le gustara decirlo.

—¿Es todo suyo?

—Sí.

—¿El mar también?

—También —se dio vuelta—. Chu-Tuh, ven para aquí.

El perro fue hasta su mano y bajó la cabeza. Pablo le acarició el lomo. Me miró, esperaba que yo también lo acariciara, pero no lo hice. Chu-Tuh era un nombre raro para un perro.

—¿Por qué le dicen Isla Negra, si no es una isla?

—Ven —dijo. Puso una mano en mi hombro y me llevó más lejos—. ¿Ves?

Miré donde señalaba su mano: una gran roca negra en medio del mar, como un caparazón de tortuga gigante.

—Pero si prefieres le cambiamos el nombre y le ponemos Isla Roja. Por las amapolas.

Miré alrededor:

—¿Qué amapolas?

Él miró también, buscándolas.

—Cuando llegamos había amapolas —parecía desilusionado de pronto—. Las cuidaba Delia, ella las trajo. Tenemos que avisarle que ya no hay. Pero ahora vamos a izar la bandera.

Entró en la casa y salió con un trozo de tela. Avanzó hasta el final del sendero y me hizo señas de que lo siguiera.

Junto a un banco de piedra y un ancla estaba el mástil. Iza-
mos la bandera, azul, con un pez dentro de un círculo rodeado
de la palabra Neruda.